

palabras del Señor: “Confirma a tus hermanos” y las usó en 1 Pedro 5:10: “El Dios de toda gracia, que os llamó a Su gloria eterna en Cristo Jesús, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, confirme, fortalezca y cimiente”.

**El Cristo resucitado, quien es el Espíritu vivificante,  
vive en nosotros capacitándonos para hacer lo que  
jamás podríamos hacer en nosotros mismos**

El Cristo resucitado, quien es el Espíritu vivificante, vive en nosotros capacitándonos para hacer lo que jamás podríamos hacer en nosotros mismos (1 Co. 15:10; 2 Co. 1:8-9, 12; 4:7-18). En 2 Corintios 4:7 se nos dice: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. La nota 2 dice:

Este tesoro, el Cristo que mora en nosotros los vasos de barro, es la fuente divina de la provisión para la vida cristiana. Es por medio del poder excelente de este tesoro que los apóstoles, como ministros del nuevo pacto, pudieron vivir una vida crucificada, de tal modo que se manifestara la vida de resurrección de Cristo, a quien ministraban. De esta manera, ellos manifestaban la verdad (v. 2) para que resplandeciera el evangelio.

**Cuando no vivimos en virtud de nuestra vida natural,  
sino en virtud de la vida divina que está en nosotros,  
estamos en resurrección; el resultado de esto es  
la realidad del Cuerpo de Cristo,  
que es la meta del evangelio de Dios**

Cuando no vivimos en virtud de nuestra vida natural, sino en virtud de la vida divina que está en nosotros, estamos en resurrección; el resultado de esto es la realidad del Cuerpo de Cristo, que es la meta del evangelio de Dios (Fil. 3:10-11; Ef. 1:22-23). En Efesios 1 vemos que es al experimentar la resurrección (vs. 19-20) que obtenemos la iglesia como el Cuerpo, esto es, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22-23). Que todos seamos inspirados para servir al Señor en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo.—A. Y.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

**La fe como el evangelio  
y la meta del evangelio  
(Mensaje 11)**

Lectura bíblica: Gá. 1:23; 6:10; 1 Ti. 1:4; Jud. 3; Mt. 26:6-13

- I. Al igual que Pablo, nosotros debemos anunciar la fe como el evangelio—Gá. 1:23:
  - A. La fe es el contenido del evangelio completo según la economía neotestamentaria de Dios; por ende, la fe es objetiva—1 Ti. 1:19; 2:7; 3:9; 4:1, 6; 5:8; 6:10, 12, 21; 2 Ti. 3:8; 4:7; Tit. 1:13:
    1. La fe denota el contenido del Nuevo Testamento como nuestra fe, en la cual creemos para ser salvos—Hch. 6:7; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 2:18.
    2. En Gálatas 1:23 *la fe* implica nuestra acción de creer en Cristo, tomando Su persona y Su obra redentora como el objeto de nuestra fe.
  - B. La fe se refiere a la acción de creer en el evangelio, en Dios y en Su palabra y Sus hechos; por ende, la fe es subjetiva—1 Ti. 1:2, 4-5, 14, 19; 2:15; 2 Ti. 1:5; 2:22.
- C. Gálatas nos da una revelación de la fe como evangelio en ciertos principios básicos—1:11-12, 23; 2:5, 14:
  1. El hombre caído no puede ser justificado por las obras de la ley—v. 16a.
  2. Según la economía neotestamentaria de Dios, no debemos guardar la ley; más bien, somos justificados por la fe en Cristo—v. 16b.
  3. Estamos muertos a la ley, estamos vivos para Dios y Cristo vive en nosotros—vs. 19-20.
  4. En la economía neotestamentaria de Dios, tenemos vida y vivimos por la fe—3:11.
  5. El evangelio le fue predicado a Abraham; la economía neotestamentaria de Dios es una continuación de la manera en que Dios se relacionaba con Abraham—vs. 8-14.

6. Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe—v. 14.
7. En Cristo somos una nueva creación—6:15.
- D. La economía de Dios se inicia y se desarrolla en la esfera de la fe; la fe es el único camino que Dios toma para llevar a cabo Su economía neotestamentaria con Su pueblo escogido y redimido—1 Ti. 1:4; He. 11:6.
- E. La fe objetiva produce la fe subjetiva—Gá. 1:23; 2:20; 3:1-2, 5:
  1. La fe tiene que ver con el hecho de recibir una visión del contenido de la economía neotestamentaria de Dios—He. 12:2.
  2. Debido a que hemos visto una revelación en cuanto al contenido de la economía de Dios, espontáneamente creemos en lo que vemos—Ef. 3:9.
- F. Por medio de la fe como evangelio, somos miembros de la familia de la fe; esta familia se compone de todos aquellos que son hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús—Gá. 6:10; 3:26.
- G. Debemos guardar el misterio de la fe —las cosas que constituyen el evangelio— con una conciencia pura—1 Ti. 3:9:
  1. El misterio de la fe es principalmente Cristo como el misterio de Dios y la iglesia como el misterio de Cristo—Col. 2:2; Ef. 3:4.
  2. Una persona que sirve debe guardar el misterio de la fe con un entendimiento pleno y en una conciencia pura para el testimonio del Señor—1 Ti. 3:9.
- H. Guardar la fe equivale a guardar toda la economía neotestamentaria de Dios: la fe en cuanto a Cristo como la corporificación de Dios y el misterio de Dios, y en cuanto a la iglesia como el Cuerpo de Cristo y el misterio de Cristo—2 Ti. 4:7c.
- I. La fe fue transmitida una vez para siempre a los santos, y por esta fe debemos contender—Jud. 3.
- J. Debemos llegar a la unidad de la fe; la especialidad de la iglesia es la fe, la cual se compone de lo que creemos en cuanto a la Biblia, Dios, Cristo, la obra de Cristo, la salvación y la iglesia—Ef. 4:13.
- K. Sobre el fundamento de nuestra santísima fe y en la esfera de la misma, debemos edificarnos; a medida que nos edificamos en

- nuestra santísima fe, nos edificamos en una fe que es tanto objetiva como subjetiva—Jud. 20.
- II. La meta del evangelio es que, al igual que María, quien hizo “lo que ha podido”, nosotros debemos derramar sobre el Señor Jesús lo que consideramos más precioso, incluso nuestro tesoro espiritual más costoso y valioso, y nos “desperdicemos” sobre Él—Mt. 26:6-13; Mr. 14:3-9:
    - A. Simón el leproso, por agradecimiento al Señor y por amor a Él, preparó una fiesta en su casa para el Señor y Sus discípulos con el fin de disfrutar de Su presencia; un pecador salvo siempre hace eso—Mt. 26:6-7.
    - B. El evangelio de Dios hace que los verdaderos creyentes experimenten un gran cambio respecto a lo que consideran valioso; mientras otros rechazan al Señor, nosotros lo consideramos nuestro tesoro y apreciamos Su valor inestimable y Su preciosidad suprema—Mr. 14:3; Mt. 26:7; 1 P. 2:4, 6-7.
    - C. María recibió la revelación de la muerte del Señor con lo que Él dijo, por lo cual aprovechó la oportunidad para derramar sobre el Señor lo mejor que tenía; amar al Señor con lo mejor de nosotros requiere que recibamos una revelación con respecto a Él—Mt. 26:2, 12; 16:21; 17:22-23; 20:18-19.
    - D. El Señor desea que le permitamos tener el primer lugar en todo—Mr. 14:7:
      1. El Señor Jesús debe ocupar el primer lugar, debe tener la preeminencia, en nuestro amor, en nuestro ser tripartito, en nuestra vida cristiana y en la vida de iglesia, y en todo lo que está en nuestro universo personal—12:30; 14:7; Col. 1:18; 3:4, 11, 17.
      2. Darle al Señor el primer lugar en todo es amarlo con nuestro primer amor, con el mejor amor; si queremos que Él tenga la preeminencia, debemos estar dispuestos a ser corregidos, quebrantados y reducidos a nada, a fin de que el Señor pueda tener un camino libre en nosotros, por medio de nosotros y entre nosotros por el bien de la edificación de Su Cuerpo—Ap. 2:4; Gá. 6:3; Ef. 4:16.
    - E. Debemos amar al Señor Jesús y aprovechar la oportunidad de expresarle nuestro amor; amar al Señor es apreciarlo, volver nuestro ser a Él, abrirnos a Él, disfrutarlo, cederle el primer lugar, ser uno con Él, vivirlo a Él y llegar a ser Él—Mt. 26:11;

2 Co. 3:16; Mr. 12:30; Col. 1:18; 1 Co. 6:17; Fil. 1:20-21a; Cnt. 6:13.

- F. María hizo “lo que ha podido”; esto significa que ella renunció a todo, derrochó todo sobre el Señor, y no reservó nada para sí misma—Mr. 14:8a.
- G. María se anticipó a ungir el cuerpo del Señor para la sepultura—v. 8b:
1. La palabra *anticiparse* introduce el factor de tiempo que debe hacernos reflexionar si hoy, al expresarle nuestro amor al Señor, estamos derramando sobre Él lo mejor que tenemos.
  2. Cuando veamos al Señor cara a cara, lo amaremos como nunca antes y derramaremos todo lo nuestro a causa de Él; sin embargo, más bienaventurados serán aquellos que en esta era derramen su todo sobre el Señor—Mt. 26:7; Mr. 14:3; Jn. 12:3.
- H. Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María le hizo al Señor era un “desperdicio”, pero el Señor desea que el evangelio haga que los creyentes se acerquen a Él y “se desperdicien” sobre Él—Mr. 14:4; Mt. 26:8 y la nota 1.
- I. “Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella”—v. 13:
1. “Este evangelio” se refiere al evangelio de la muerte, sepultura y resurrección del Señor—Mr. 14:9; 1 Co. 15:1-4.
  2. La historia del evangelio es que el Señor nos amó, y la historia de María es que ella amó al Señor—Mt. 26:13; Gá. 2:20; Mr. 12:30:
    - a. Debemos predicar estas dos cosas: que el Señor nos ama y que nosotros amamos al Señor; la primera tiene como fin nuestra salvación, y la otra, nuestra consagración—Jn. 3:16; 2 Co. 5:14-15.
    - b. El evangelio nos habla de cómo el Señor nos amó, pero la historia de amor de María despierta nuestro amor por el Señor; por lo tanto, se necesita un amor mutuo, y esto debe acompañar la predicación del evangelio—Mt. 26:13.

## MENSAJE ONCE

### LA FE COMO EL EVANGELIO Y LA META DEL EVANGELIO

En este mensaje abarcaremos dos cristales preciosos relacionados con el evangelio de Dios. El primero de ellos es “la fe como evangelio”. Este cristal se basa en Gálatas 1:23, que dice: “Solamente oían [a los creyentes] decir: Aquel [Pablo] que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia como evangelio la fe que en otro tiempo asolaba”. El segundo cristal es “la meta del evangelio”, como inicialmente lo definió el hermano Nee en tres capítulos titulados: “La meta del evangelio”, “Un noble hecho” y “Desperdicio y pragmatismo” (*The Collected Works of Watchman Nee* [Recopilación de las obras de Watchman Nee], tomo 33, págs. 185-197; tomo 19, págs. 601-607; tomo 21, págs. 5-17). Durante los últimos setenta años, tanto en el ministerio como en las experiencias de los santos que buscan más del Señor, este tema se ha desarrollado y madurado mucho.

La fe como evangelio y la meta del evangelio están intrínsecamente relacionadas en términos de su esencia. A primera vista, hablando de manera objetiva, parece que no estuvieran relacionadas entre sí. Para nosotros, la fe, que es la totalidad de las verdades divinas, el misterio que fue revelado, como el evangelio, es una cosa, mientras que la clase de amor perfecto que está envuelto con la meta del evangelio parece ser algo completamente diferente. Ciertamente, estos dos cristales no son idénticos, pero sí son inseparables. Esto se debe a que en las Escrituras, la fe y el amor forman un par y, como tal, deben desarrollarse juntos de manera equilibrada mediante las experiencias de los creyentes buscadores hasta llegar a la madurez. La fe objetiva, que es la verdad divina revelada, produce la fe subjetiva, que es nuestra capacidad de creer y recibir; y el hecho de quitar el velo de la revelación en cuanto a Cristo despierta nuestro aprecio y amor por Él. Así pues, en términos de su esencia, nuestra fe subjetiva está intrínsecamente relacionada con un amor muy especial, un amor maduro y perfecto.

La fe y el amor están unidos de forma inseparable. Consideremos

esto en la luz de los siguientes versículos: En 1 Timoteo 1:14 se nos dice: “La gracia de nuestro Señor sobreabundó con la fe y el amor que están en Cristo Jesús”. Por medio de la fe nosotros recibimos al Señor y, cuando ejercitamos la fe, en realidad estamos proclamando que no somos capaces de cumplir con los requisitos de Dios, pero que Dios en Cristo lo ha cumplido todo por nosotros y nosotros sencillamente recibimos lo que Él ha hecho. Esto es el amor que disfruta lo que recibe la fe. En 2 Timoteo 1:13 Pablo dice: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y el amor que son en Cristo Jesús”. Tito 3:15 dice: “Saluda a los que nos aman en la fe”. La nota de este versículo, la cual expande el tema de la fe y el amor, es una nota clásica en la Versión Recobro. Parte de esta nota dice:

La fe y el amor son dos virtudes excelentes e inseparables de los que creen en Cristo [...] Con la fe apreciamos, aprehendemos y recibimos las ilimitadas riquezas del Dios Triuno; con el amor experimentamos, disfrutamos y expresamos en nuestro vivir al inmensurablemente rico Dios Triuno. Con la fe los creyentes son unidos al Dios Triuno, quien lo es todo para ellos; con el amor ellos ministran al Dios Triuno a sus compañeros en la fe y les transmiten al Dios Triuno a fin de que en esta fe maravillosa y poderosa, todos los creyentes se amen unos a otros con un amor divino y trascendente, y vivan una vida corporativa en Cristo. De esta manera, el Cuerpo de Cristo es hecho real para los creyentes, y el Dios Triuno procesado es expresado hoy en día en la tierra, en el Cristo todo-inclusivo por medio del inmensurable Espíritu vivificante.

En Efesios 6:23 Pablo dice: “Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo”. Gálatas 5:6 dice: “[Vale] la fe, que obra por medio del amor”. Colosenses 1:4 dice: “Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos”. En 1 Tesalonicenses 1:3 se nos dice: “Acordándonos sin cesar [...] vuestra obra de fe, de vuestro trabajo de amor”. Finalmente, 3:6 dice: “Nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor”.

Mientras el Señor ministra desde los cielos junto con el ministerio apostólico en la tierra, Su meta es edificar el Cuerpo de Cristo como la novia que se ha preparado para Cristo. Basándonos en la revelación y la interpretación apropiada de Apocalipsis 19, la novia tiene dos características impresionantes. La primera es su madurez en vida, y la segunda

es que ella no se compone de individuos separados; más bien, ella es una novia corporativa, el producto de la edificación. La novia se compone de los vencedores del Señor y, como tal, no sólo es madura en vida, sino que está juntamente edificada como una sola novia, el producto de la madurez que haya alcanzado con respecto al desarrollo equilibrado de su fe y de su amor.

En la Biblia los pechos tipifican la fe y el amor. En 1 Tesalonicenses 5:8 se nos dice: “Ya que nosotros somos del día, seamos sobrios, vistiéndonos con la coraza de fe y de amor”. Luego en Cantar de los cantares, vemos que a medida que la buscadora progresa en la vida y la edificación, llega a estar lista, finalmente y con gran anhelo, para ser arrebatada (cap. 8). Para entonces su fe y su amor ya han sido plenamente desarrollados, pero ella se preocupa por los creyentes más jóvenes cuya fe y amor aún no ha madurado. Por un lado, desea estar con Su Amado, pero por otro, tiene carga por los hermanos y las hermanas que no han experimentado mucho desarrollo en su fe subjetiva ni en su amor. Quiera el Espíritu usar este mensaje para que se extienda el desarrollo de nuestra fe en el Señor y de nuestro amor por Él, pero todo esto depende de cuánto podemos abrirle nuestro ser.

El desarrollo de nuestra fe es un proceso que dura toda la vida, en el cual hay muchas tribulaciones y pruebas, que Dios mismo lleva a cabo. Hebreos 11 revela que la fe es el camino único en la economía de Dios, y en 12:2 vemos que el Señor Jesús, nuestro Amado, es el Autor y Perfeccionador de nuestra fe. Puede ser beneficioso en nuestra comunión personal con el Señor, con tal que no caigamos en introspección, que nos abramos a Él por completo y le preguntemos: “Señor, ¿cuánto se ha desarrollado mi fe a nivel personal? ¿Cuánto se ha desarrollado mi amor por Ti?”. Luego debemos orar: “Señor, por el resto de este año y durante los años venideros, haz que mi fe y mi amor se desarrollen de una manera equilibrada”. Nuestra fe se produce cuando nosotros miramos el escenario de *la fe*, el contenido del misterio revelado de la economía de Dios en su compleción. Nuestro amor se desarrolla cuando nosotros apreciamos y disfrutamos a nuestro precioso Señor Jesús, y a medida que este amor se desarrolla, encontramos que somos capaces de hacer y de ser lo que para nosotros es imposible. Descubrimos que amamos al Señor más de lo que amamos al mundo, más de lo que nos amamos a nosotros mismos y más de lo que amamos a cualquier persona o cosa, incluso más de lo que amamos la obra del Señor. Simplemente creemos en Él y le amamos.

Mientras consideramos el bosquejo de este mensaje, aunque nuestra carga principal se relaciona con la meta del evangelio, es imprescindible que entendamos de modo apropiado lo que es la fe como evangelio. El tema de la fe como evangelio amerita mucho estudio, y en este mensaje sólo recibiremos un anticipo de este cristal maravilloso. No obstante, los puntos del bosquejo acerca de la fe como evangelio penetrarán en el Cuerpo y serán absorbidos gradualmente durante muchos años. Por años el hermano Lee nos habló diciendo de forma repetitiva que se sentía como si estuviese “tocando música a las vacas”. Él se dio cuenta de que nosotros no veíamos las verdades que nos estaba ministrando; sin embargo, tenía la certeza de que éstas serían publicadas en los libros y que tarde o temprano los que buscaban más del Señor se internarían en todas esas riquezas. Por lo tanto, no somos impacientes, no tenemos prisa, ni siquiera estamos aquí buscando ninguna clase de reacción emotiva por parte de los asistentes; antes bien, estamos sembrando para el Espíritu, sabiendo que del Espíritu cosecharemos la vida eterna.

**AL IGUAL QUE PABLO, NOSOTROS DEBEMOS ANUNCIAR  
LA FE COMO EL EVANGELIO**

**La fe es el contenido del evangelio completo  
según la economía neotestamentaria de Dios;  
por ende, la fe es objetiva**

Al igual que Pablo, nosotros debemos anunciar la fe como el evangelio (Gá. 1:23). La fe es el contenido del evangelio completo según la economía neotestamentaria de Dios; por ende, la fe es objetiva (1 Ti. 1:19; 2:7; 3:9; 4:1, 6; 5:8; 6:10, 12, 21; 2 Ti. 3:8; 4:7; Tit. 1:13). La fe incluye el evangelio de Dios, el evangelio de Cristo como la simiente triple, el evangelio del reino, el evangelio de la gracia de Dios, el evangelio de la paz, el evangelio de la gloria de Cristo, así como la estructura del evangelio, las inescrutables riquezas de Cristo como el evangelio y el misterio del evangelio. Así que, la fe equivale al evangelio completo y, sin embargo, es objetiva. No obstante, debemos comenzar con la realidad objetiva y divina.

*La fe denota el contenido del Nuevo Testamento  
como nuestra fe, en la cual creemos para ser salvos*

La fe denota el contenido del Nuevo Testamento como nuestra fe, en la cual creemos para ser salvos (Hch. 6:7; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 2:18).

Nosotros no creemos de manera ciega ni supersticiosa; más bien, creemos en la verdad divina que ha sido revelada. Esta revelación llega a ser, mediante la enseñanza de los apóstoles y la predicación del evangelio, la escena divina que nos ha sido revelada, de ahí que creemos en esta revelación para ser salvos. La revelación en la cual creemos es que hay un solo Dios vivo y verdadero, el cual es triuno de eternidad a eternidad. Creemos que Jesús es el Hijo de Dios, que Él murió en la cruz por nuestra redención y fue resucitado físicamente con un cuerpo de carne y huesos, y que llegó a ser el Espíritu vivificante. Todos éstos son aspectos de la fe.

*En Gálatas 1:23 la fe implica nuestra acción de creer en Cristo,  
tomando Su persona y Su obra redentora  
como el objeto de nuestra fe*

En Gálatas 1:23 la fe implica nuestra acción de creer en Cristo, tomando Su persona y Su obra redentora como el objeto de nuestra fe. Creer en Dios no es suficiente. También debemos creer en Jesucristo, el Hijo de Dios, y en Su obra redentora. Si fuese suficiente sólo creer en Dios, entonces todos los demonios serían salvos. Según Jacobo 2:19, también los demonios creen en Dios y le temen. De igual manera, el diablo tampoco es un ateo. Por lo tanto, meramente creer en Dios como el Creador de manera general no basta para recibir el evangelio como la fe objetiva, aunque esto es un buen comienzo especialmente si alguno, después de ser un ateo, experimenta un cambio para tener fe en Dios. Sin embargo, el centro de nuestra fe es la maravillosa persona de Cristo y Su obra maravillosa.

**La fe se refiere a la acción de creer en el evangelio, en Dios  
y en Su palabra y Sus hechos; por ende, la fe es subjetiva**

La fe se refiere a la acción de creer en el evangelio, en Dios y en Su palabra y Sus hechos; por ende, la fe es subjetiva (1 Ti. 1:2, 4-5, 14, 19; 2:15; 2 Ti. 1:5; 2:22). La fe subjetiva no es algo que nosotros podemos producir, sino que es producida al contemplar nosotros la escena divina de la fe objetiva, la cual es la revelación del evangelio completo.

**Gálatas nos da una revelación de la fe como evangelio  
en ciertos principios básicos**

Gálatas nos da una revelación de la fe como evangelio en ciertos principios básicos (1:11-12, 23; 2:5, 14). No debemos imaginarnos que

los que tienen un “buen corazón” y desean hacer el bien, no necesitan el evangelio objetivo.

*El hombre caído no puede ser justificado  
por las obras de la ley*

El hombre caído no puede ser justificado por las obras de la ley (v. 16a). Nunca podremos obtener aprobación por nosotros mismos por mucho que nos esforcemos. El evangelio anula todos esos esfuerzos.

*Según la economía neotestamentaria de Dios,  
no debemos guardar la ley;  
más bien, somos justificados por la fe en Cristo*

Según la economía neotestamentaria de Dios, no debemos guardar la ley; más bien, somos justificados por la fe en Cristo (v. 16b).

*Estamos muertos a la ley, estamos vivos para Dios,  
y Cristo vive en nosotros*

Estamos muertos a la ley, estamos vivos para Dios, y Cristo vive en nosotros (vs. 19-20). ¡Cristo vive en nosotros! Recientemente, una querida y joven hermana me ministró cuando vino a mí y me dijo: “¡Cristo mora en usted!”. ¡Qué saludo tan excelso! Sólo pude hacer eco de su saludo y responder: “¡Cristo mora en usted!”. Todos tenemos a una persona maravillosa que vive en nuestro ser.

*En la economía neotestamentaria de Dios,  
tenemos vida y vivimos por la fe*

En la economía neotestamentaria de Dios, tenemos vida y vivimos por la fe. Gálatas 3:11 dice: “Por la ley ninguno se justifica ante Dios, es evidente, porque: ‘El justo tendrá vida y vivirá por la fe’”. Este versículo es semejante a Romanos 1:17, el cual se puede considerar como la pancarta de la economía eterna de Dios; ambos son citas de Habacuc 2:4.

*El evangelio le fue predicado a Abraham;  
la economía neotestamentaria de Dios es una continuación  
de la manera en que Dios se relacionaba con Abraham*

El evangelio le fue predicado a Abraham; la economía neotestamentaria de Dios es una continuación de la manera en que Dios se relacionaba con Abraham (vs. 8-14). El evangelio le fue predicado a Abraham; por lo tanto, podemos decir que la economía neotestamentaria es una

continuación de la manera en que Dios se relacionaba con Abraham, quien es el padre de todos los que son de la fe.

*Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe*

Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe (v. 14). Para practicar el recibir al Espíritu que fue prometido, sencillamente debemos nuevamente volver nuestro corazón al Señor, abrir nuestro corazón y ejercitar nuestro espíritu, invocando: “¡Oh, Señor Jesús!”.

*En Cristo somos una nueva creación*

En Cristo somos una nueva creación (6:15).

**La economía de Dios se inicia  
y se desarrolla en la esfera de la fe;  
la fe es el único camino que Dios toma para llevar  
a cabo Su economía neotestamentaria  
con Su pueblo escogido y redimido**

La economía de Dios se inicia y se desarrolla en la esfera de la fe; la fe es el único camino que Dios toma para llevar a cabo Su economía neotestamentaria con Su pueblo escogido y redimido (1 Ti. 1:4; He. 11:6). En 1 Timoteo 1:4 se nos dice que la economía de Dios es en la fe, lo cual indica que toda la economía de Dios se desarrolla en la esfera de la fe. Así que, la fe es el camino único que Dios toma para llevar a cabo Su economía neotestamentaria con Su pueblo escogido y redimido. Ésta es la razón por la cual es necesario que nuestra fe se desarrolle de la fe inicial, con la cual creemos en el Señor para ser salvos, a la fe que el hermano Lee llama “la fe que une” (véase *La Cristalización de la Epístola a los Romanos*, págs. 125-128). Esta fe se ejemplifica en la parábola de la viuda que se menciona en Lucas 18, en la cual Dios, aparentemente, es como el juez injusto que no escucha nada ni le interesa nada, sino que es indiferente. Entre nosotros, probablemente hay miles de oraciones que no han sido contestadas. Por un lado, tal vez nos preguntemos cuándo serán contestadas nuestras oraciones; pero por otro, no podemos dejar de hacer peticiones. Por consiguiente, necesitamos ser adiestrados para poder orar con persistencia y sin vergüenza, según lo que el Señor nos enseña en Lucas 11:5-8, y debemos creer que, sin importar las apariencias externas, nuestro Dios nos ha de vindicar.

En Lucas 18:8 el Señor pregunta: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”. *La fe* aquí se refiere a la fe de los



vencedores. No debemos suponer que esta fe nos será dada; al contrario, esta fe debe desarrollarse en nuestro ser etapa por etapa. No hablo de alguna teoría espiritual. Habrá ocasiones en las que el Señor nos impresionará con algo, y quizás oremos por ello durante muchos años antes de ver su cumplimiento. De ahí que nuestra fe debe ser una fe que se esté desarrollando gradualmente. Cuanto más se desarrolle nuestra fe, tanto más poderosa será nuestra predicación del evangelio. Nosotros debemos ser los primeros en creer que el evangelio es el poder de Dios; entonces otros podrán creer.

### **La fe objetiva produce la fe subjetiva**

#### *La fe tiene que ver con el hecho de recibir una visión del contenido de la economía neotestamentaria de Dios*

La fe objetiva produce la fe subjetiva (Gá. 1:23; 2:20; 3:1-2, 5). La fe tiene que ver con el hecho de recibir una visión del contenido de la economía neotestamentaria de Dios (He. 12:2). Por esta razón, es muy bueno leer una y otra vez el Nuevo Testamento y las notas de la Versión Recobro. En “Una breve explicación” que está en el prefacio de la Versión Recobro se hace la siguiente declaración:

La traducción de la Biblia no sólo depende de un entendimiento apropiado del idioma original en que fue escrita, sino también de la debida comprensión de la revelación divina contenida en la Palabra santa. A través de los siglos, el entendimiento que los santos han tenido de la revelación divina siempre se ha basado en la luz que ellos recibieron, y dicho entendimiento ha tenido un progreso paulatino y constante. La consumación de este entendimiento constituye la base de esta traducción y de sus respectivas anotaciones. Por consiguiente, esta traducción y las notas de pie de página pueden considerarse la “cristalización” del entendimiento de la revelación divina que los santos de todas partes han recibido en los últimos dos mil años. Esperamos que la Versión Recobro pase a las futuras generaciones lo que ha recibido y prepare el terreno para ellas.

Por consiguiente, parece extraño que haya algunos que se atreven a criticar esta espléndida versión y sus notas de pie de página. Existen docenas de otras Biblias de estudio, y sin embargo nadie las critica. ¿Por qué entonces ellos critican la mejor Biblia de estudio que se ha

visto en la tierra? A fin de que la fe subjetiva se produzca y desarrolle, necesitamos leer la Biblia, leer las notas de la Versión Recobro, y leer y estudiar las publicaciones del ministerio que se difunden en el recobro del Señor. Entonces la escena divina se desplegará ante nuestros ojos interiores, y esta escena hará que nuestra fe subjetiva surja y se desarrolle en nuestro ser.

#### *Debido a que hemos visto una revelación en cuanto al contenido de la economía de Dios, espontáneamente creemos en lo que vemos*

Debido a que hemos visto una revelación en cuanto al contenido de la economía de Dios, espontáneamente creemos en lo que vemos (Ef. 3:9). Creo que tenemos más fe en nuestro interior ahora que la que teníamos al inicio de este entrenamiento. Claro, todos verdaderamente hemos visto algo en cuanto al evangelio de Dios. Aun si no recordamos muchas cosas, ciertamente hemos recibido una infusión maravillosa, y espontáneamente creemos en lo que vemos. Así que, incluso el ateo, el rebelde impío y la persona intelectualmente arrogante pueden ser salvos. Si tales personas se abren sólo un poco, nuestro hablar, nuestro resplandor y nuestra irradiación de Cristo infundirán en ellos el elemento de la fe que proviene del Hijo de Dios. Esto le aconteció a C. S. Lewis, quien era un impío, pero vino a creer primero en Dios y luego en Cristo. Cuando dio testimonio de cómo había creído en Cristo, describió un viaje que había hecho en el sidecar de una motocicleta cuando se dirigía al Zoológico Whipsnade. Cuando partió rumbo al zoológico, él no creía que Cristo era el Hijo de Dios, pero cuando llegó al zoológico ya había creído que Cristo era el Hijo de Dios. Eso fue el espontáneo surgimiento de la fe. Por lo tanto, proclamemos la fe como el evangelio. Si lo hacemos, veremos que toda clase de gente creerá. Todavía oro pidiendo que Dios, por Su gloria, salve a cierto ateo muy conocido. ¡Cuánta gloria dará eso a Dios! Quiero escucharlo a él testificar públicamente de cómo el Dios de gloria se le apareció y luego declarar: “¡Jesús es el Señor!”.

#### **Por medio de la fe como evangelio, somos miembros de la familia de la fe; esta familia se compone de todos aquellos que son hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús**

Por medio de la fe como evangelio, somos miembros de la familia de la fe; esta familia se compone de todos aquellos que son hijos de Dios

por medio de la fe en Cristo Jesús (Gá. 6:10; 3:26). Somos miembros de la familia de la fe. *Fe* es nuestro apellido. Es un hecho que es más fácil creer cuando estamos juntos que cuando estamos solos. Es como si fuésemos tizones, quemándonos unos a otros. Juntos nos animamos y nos fortalecemos los unos a los otros. La familia de la fe se compone de todos aquellos que son hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús. Cuando nos encontramos con un creyente, le reconocemos gustosamente como un miembro de la familia de la fe.

**Debemos guardar el misterio de la fe  
—las cosas que constituyen el evangelio—  
con una conciencia pura**

*El misterio de la fe es principalmente Cristo  
como el misterio de Dios  
y la iglesia como el misterio de Cristo*

Debemos guardar el misterio de la fe —las cosas que constituyen el evangelio— con una conciencia pura (1 Ti. 3:9). El misterio de la fe es principalmente Cristo como el misterio de Dios y la iglesia como el misterio de Cristo (Col. 2:2; Ef. 3:4).

*Una persona que sirve debe guardar el misterio de la fe  
con un entendimiento pleno y en una conciencia pura  
para el testimonio del Señor*

Una persona que sirve debe guardar el misterio de la fe con un entendimiento pleno y en una conciencia pura para el testimonio del Señor (1 Ti. 3:9).

**Guardar la fe equivale a guardar  
toda la economía neotestamentaria de Dios:  
la fe en cuanto a Cristo como la corporificación de Dios  
y el misterio de Dios, y en cuanto a la iglesia  
como el Cuerpo de Cristo y el misterio de Cristo**

Guardar la fe equivale a guardar toda la economía neotestamentaria de Dios: la fe en cuanto a Cristo como la corporificación de Dios y el misterio de Dios, y en cuanto a la iglesia como el Cuerpo de Cristo y el misterio de Cristo (2 Ti. 4:7c). Es necesario que guardemos la fe porque estamos en una guerra. En las postrimerías de su ministerio, Pablo declaró: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (v. 7). ¡Qué manera de terminar tan sucinta y definida!

Es como si Pablo testificara a Timoteo: “Ha sido una batalla difícil, pero he peleado la buena batalla, he acabado la carrera y he guardado la fe. Yo he cumplido mi parte, pero ahora tú debes continuar peleando esta batalla”.

**La fe fue transmitida una vez para siempre a los santos,  
y por esta fe debemos contender**

La fe fue transmitida una vez para siempre a los santos, y por esta fe debemos contender (Jud. 3). En el interior de los hermanos, aunque están en una condición caída, hay una tendencia a luchar que no es una virtud corrupta en lo absoluto, pues parte de la comisión que Dios tenía al crear al hombre era que éste debía recobrar la tierra de las manos del enemigo (Gn. 1:28). Sin embargo, en nuestra contienda no debemos luchar por meras prácticas o enseñanzas menores; no obstante, Judas 3 dice que debemos contender por la fe. En este asunto debemos rendirles crédito a los hermanos del siglo XIX, quienes se ejercitaron grandemente en esta área. Hoy existen muchas cosas en nuestra cultura que son una ofensa a la fe. Por esto, algunos de nosotros deben salir con “la vara de Aarón” y echarla, y luego, después que los filósofos hayan echado sus varas, nuestra vara devorará las de ellos (cfr. Éx. 7:12).

Uno de estos filósofos es Sam Harris, quien escribió un libro de gran éxito de ventas titulado *El fin de la fe*. Él argumenta que si la gente cree en cualquier asunto que esté en el ámbito religioso, con el tiempo éstos terminarán matando a aquellos que no crean en lo que ellos creen, y por tanto, la fe debe ser abolida. Claro, éste no es el argumento más convincente que se haya formulado. Sin embargo, hay quienes proclaman el fin de la fe. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta? Algunos de nosotros nacimos, fuimos educados, constituidos y adiestrados para contender por la fe en contra de todas estas herejías y evangelios falsos.

**Debemos llegar a la unidad de la fe;  
la especialidad de la iglesia es la fe,  
la cual se compone de lo que creemos en cuanto a la Biblia,  
Dios, Cristo, la obra de Cristo, la salvación y la iglesia**

Debemos llegar a la unidad de la fe; la especialidad de la iglesia es la fe, la cual se compone de lo que creemos en cuanto a la Biblia, Dios, Cristo, la obra de Cristo, la salvación y la iglesia (Ef. 4:13).



**Sobre el fundamento de nuestra santísima fe  
y en la esfera de la misma, debemos edificarnos;  
a medida que nos edificamos en nuestra santísima fe,  
nos edificamos en una fe que es tanto objetiva como subjetiva**

Sobre el fundamento de nuestra santísima fe y en la esfera de la misma, debemos edificarnos; a medida que nos edificamos en nuestra santísima fe, nos edificamos en una fe que es tanto objetiva como subjetiva (Jud. 20). Tengo una carga en amor de que todos nosotros podamos progresar en el desarrollo y la edificación de nuestra fe subjetiva. Toda la operación que Dios realiza en la economía neotestamentaria tiene que ver con la fe. Hebreos 11:6 dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe”. Es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él es, pero que uno mismo no es. Algunos suelen pensar: “Si yo no puedo hacer esto, no será hecho. Si yo no puedo ser esto, nadie puede serlo”. Que algo sea imposible para nosotros no es el final, sino sólo el comienzo. Nosotros no somos, pero Dios es; nosotros no podemos, pero Dios sí puede.

**LA META DEL EVANGELIO ES QUE,  
AL IGUAL QUE MARÍA, QUIEN HIZO “LO QUE HA PODIDO”,  
NOSOTROS DEBEMOS DERRAMAR SOBRE EL SEÑOR JESÚS  
LO QUE CONSIDERAMOS MÁS PRECIOSO,  
INCLUSO NUESTRO TESORO ESPIRITUAL MÁS COSTOSO  
Y VALIOSO, Y NOS “DESPERDICIAMOS” SOBRE ÉL**

La meta del evangelio es que, al igual que María, quien hizo “lo que ha podido”, nosotros debemos derramar sobre el Señor Jesús lo que consideramos más precioso, incluso nuestro tesoro espiritual más costoso y valioso, y nos “desperdicemos” sobre Él (Mt. 26:6-13; Mr. 14:3-9). Hemos llegado a otro movimiento en esta “sinfonía” de la economía eterna de Dios, la sinfonía del evangelio de Dios. Por lo tanto, debemos regular nuestro espíritu y nuestro ser interior de manera armónica. Debemos mirar este asunto con todo nuestro ser, pero no en el nivel del sentimentalismo superficial. Para cantar la estrofa 3 de *Himnos*, #278, en cuanto a derramar el frasco de alabastro, requiere algo más que derramar unas cuantas lágrimas por haber sido conmovidos en nuestra parte emotiva. No me avergüenzo de las emociones piadosas ni de expresarlas, pero en este punto queremos tocar algo sólido, sustancial, que cambie nuestra vida de modo que cuando haya una expresión

proveniente de nuestra parte emotiva, sea una expresión de algo sustancial de nuestro espíritu mezclado.

Hay una razón por la que escribimos entre comillas la palabra *desperdicemos*. A los ojos de muchas personas, incluso de muchos que están en las iglesias locales, derramar un amor “como el de María” es un desperdicio. Algunos que son padres, incluyendo algunos que están en el recobro del Señor, quizás consideren un desperdicio el que sus hijos e hijas asistan al Entrenamiento de Tiempo Completo por dos años. Es lamentable que ellos lo consideren un desperdicio. Puede ser que ellos discurren, diciendo: “Si invierten dos años en el Entrenamiento de Tiempo Completo, su vida romántica será puesta a un lado o estarán muy retrasados respecto a sus compañeros que van en pos de una carrera profesional”. Los graduados del Entrenamiento de Tiempo Completo pueden testificar delante del Señor que los dos años que estuvieron en el entrenamiento, no fue una pérdida de tiempo. Tal vez un joven considere que dos años es mucho tiempo, pero para nosotros que somos mayores eso es un tiempo muy corto, prácticamente nada. No debemos pensar que los que están en el recobro del Señor no necesitan este mensaje. No es precisamente una tendencia, cuando ni aun el diez por ciento de nuestros graduados universitarios asisten al Entrenamiento de Tiempo Completo. Debemos preguntarnos a nosotros mismos: “¿Qué es lo que valoramos? ¿Qué es lo que consideramos como nuestro tesoro? ¿Qué es lo que verdaderamente nos importa?”. Más aún, debemos preguntarnos: “¿Qué clase de amor tengo por el Señor?”. Para algunos, derramarnos sobre el Señor es un desperdicio; pero si somos iluminados, sentiremos que Él es digno de todo lo que tenemos y somos.

Cuando nos demos cuenta de Su valor inestimable, especialmente al apreciar el hecho de que Él vertió Su sangre por nosotros y derramó Su vida a nuestro favor (Is. 53:12), finalmente responderemos y nos derramaremos por completo sobre Él, debido al amor y el aprecio que sentimos por Él y a una evaluación adecuada de lo valioso que Él es. Lo que derramamos no es meramente nuestras posesiones, títulos académicos, carreras profesionales o posiciones, sino que además derramamos nuestro tesoro espiritual más costoso y valioso, algo por lo cual pagamos el más alto precio para obtenerlo y, cuando hacemos esto, tal vez ni nos percatemos de ello porque no es para nosotros, sino solamente para el Señor. Entonces, cuando nuestras profundidades internas se abren, el nardo que se ha acumulado en lo profundo de nuestro ser, el supremo

ungüento precioso, es derramado sobre el Señor. Al igual que María, queremos derramarnos hoy mientras vivimos, cuando no podemos verlo a Él, y antes de que Él venga. Si somos esta clase de personas, nuestra predicación del evangelio tomará otra dimensión. Aun cuando simplemente anunciemos el evangelio, tal anuncio del evangelio será un memorial en el cual tomamos parte. Se hará memoria no de ningún hombre como masculino, una persona fuerte, sino de una clase de mujer especial, una mujer que oyó lo que los apóstoles no oyeron en cuanto a la muerte del Señor y que tenía tanto aprecio por Él que, sin importarle la crítica de los discípulos, derramó todo su ser sobre el Señor antes de que Él muriera. Aunque otras hermanas queridas fueron temprano al sepulcro del Señor en la mañana de Su resurrección para ungirlo, ya era demasiado tarde. Solamente los que tienen el espíritu de la novia, los que son las Marías, y se dan cuenta de la preciosidad indescriptible del Señor Jesús, pueden participar de este memorial que acompaña al evangelio.

En la casa de Simón el leproso, María quebró el frasco de alabastro y derramó el ungüento sobre el Señor, y la casa se llenó del olor del ungüento (Mr. 14:3; Jn. 12:3). El hermano Nee habló de este tema al menos tres veces. En una de esas ocasiones él dijo: “Este amor por el Señor y esta consagración a Él es realmente un olor fragante que ha permanecido hasta hoy en día y permanecerá hasta la eternidad” (*The Collected Works of Watchman Nee*, tomo 19, pág. 602). Si nos derramamos de esta manera, cuando salgamos a anunciar el evangelio, ya sea por nuestras palabras o por el impacto que causa nuestro ser, otros se darán cuenta de que portamos una característica particular, a saber: que hemos derramado todo nuestro ser en Aquel a quien anunciamos. La meta de nuestra predicación del evangelio no consiste simplemente en arrancar a otros de esta era maligna, ni en rescatarlos para que no sufran el juicio de Dios y la perdición eterna, sino en llamarlos a la adorable persona del Señor Jesús, para que también ellos lleguen a ser igual que María. El Señor dijo: “Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella” (Mt. 26:13).

Si somos como María, nuestro amor por el Señor estará por encima del amor que le tenemos a cualquier cosa o a cualquier persona, incluyendo a nuestros padres, nuestros hijos e incluso nuestro cónyuge. El Señor es Aquel cuyo valor es inestimable. Debido a que Él es lo más valioso, no sentimos que estamos haciendo un sacrificio cuando

derramamos sobre Él todo lo que tenemos. Nuestra consagración al Señor no debe ser el resultado de nuestro propio esfuerzo, sino que simplemente es nuestra respuesta a la revelación de lo que Él es. Debemos vivir siempre con esta visión del valor supremo que posee el Señor delante de nosotros. Por ser Sus discípulos, debemos emigrar por el bien del evangelio, predicar el evangelio a cualquier costo, laborar día y noche para llevar a cabo el ministerio, levantar iglesias, perfeccionar a los santos, realizar conferencias y entrenamientos, publicar el ministerio y contender por la fe; no obstante, todo lo que hagamos debe ser dirigido al Señor a quien amamos. La dirección de nuestra vida siempre debe apuntar a Cristo.

Un día veremos al Señor cara a cara. En 1 Juan 3:2 se nos dice: “Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”. Sin embargo, hoy en día el Señor necesita a algunos que, aunque nunca le han visto físicamente, en su espíritu y corazón, lo aprecian, lo experimentan y lo disfrutan a tal grado que primero pagan el precio para acumular en lo más profundo de su ser un tesoro espiritual, que es su nardo puro y valioso, y luego llegan al punto donde aman más al Señor que a ellos mismos, los frascos. Anhelarán derramar el ungüento aún más que preservar su hombre exterior. Por un lado, a fin de que su hombre exterior sea quebrantado, ellos experimentan la disciplina del Espíritu; y por otro, ellos mismos son los que quiebran el frasco. El golpe decisivo estará basado en la decisión que ellos mismos toman de no permanecer intactos, de no reservar nada para sí, ni permanecer encarcelados en su yo. Ellos quiebran el frasco de su hombre exterior porque valoran más que ninguna otra cosa a su Amado y lo que tienen dentro de sí que es de Él y para Él. Debemos estar sumamente felices si lo único que logramos en nuestra vida es “anticiparnos” a ungir al Señor.

Necesitamos leer y considerar los matices y detalles de estos tres relatos, que están en Mateo, Marcos y Juan, con respecto a lo que María derramó sobre el Señor. Mateo 26:6-13 dice:

Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se acercó a Él una mujer, con un frasco de alabastro de ungüento de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de Él, mientras estaba reclinado a la mesa. Al ver esto, los discípulos se indignaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres. Y conociéndolo Jesús, les dijo:

¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a Mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este unguento sobre Mí cuerpo, lo ha hecho para Mí sepultura. De cierto os digo: Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Marcos 14:3-9 dice:

Estando Él en Betania, en casa de Simón el leproso, y reclinado a la mesa, vino una mujer con un frasco de alabastro de unguento de nardo puro de mucho precio; y quebrando el frasco de alabastro, lo derramó sobre la cabeza de Él. Pero había algunos que comentaban entre sí, indignados: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de unguento? Porque este unguento podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y se enfurecieron contra ella. Pero Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la molestáis? Ha hecho en Mí una buena obra. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podéis hacer bien; pero a Mí no siempre me tendréis. Ésta ha hecho lo que ha podido; se ha anticipado a ungir Mí cuerpo para la sepultura. De cierto os digo: Dondequiera que se proclame el evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Juan 12:3-8 dice:

Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del unguento. Y dijo uno de Sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de traicionar: ¿Por qué no fue este unguento vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque a él le importasen los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de Mí sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a Mí no siempre me tendréis.

**Simón el leproso, por agradecimiento al Señor y por amor a Él, preparó una fiesta en su casa para el Señor y Sus discípulos con el fin de disfrutar de Su presencia; un pecador salvo siempre hace eso**

Simón el leproso, por agradecimiento al Señor y por amor a Él, preparó una fiesta en su casa para el Señor y Sus discípulos con el fin de disfrutar de Su presencia; un pecador salvo siempre hace eso (Mt. 26:6-7). Otro ejemplo de un pecador salvo que hizo eso fue Mateo, cuyos amigos eran recaudadores de impuestos y pecadores. El Señor llamó a Mateo, y éste siguió al Señor (9:9), entrando así en el reino para estar con Él. Después, Mateo preparó una cena en su casa para el Señor e invitó a aquellos a quienes conocía bien: recaudadores de impuestos y pecadores (v. 10). Éste fue un dulce testimonio. Nosotros debemos pedirle al Señor que nos dé a muchas personas que preparen un banquete en sus casas para disfrutar al Señor junto con sus amigos incrédulos.

**El evangelio de Dios hace que los verdaderos creyentes experimenten un gran cambio respecto a lo que consideran valioso; mientras otros rechazan al Señor, nosotros lo consideramos nuestro tesoro y apreciamos Su valor inestimable y Su preciosidad suprema**

El evangelio de Dios hace que los verdaderos creyentes experimenten un gran cambio respecto a lo que consideran valioso; mientras otros rechazan al Señor, nosotros lo consideramos nuestro tesoro y apreciamos Su valor inestimable y Su preciosidad suprema (Mr. 14:3; Mt. 26:7; 1 P. 2:4, 6-7). El principio que es propio de Judas es evaluar todo conforme a la economía del mundo, al tomar en cuenta la mejor manera de invertir el dinero. Según Judas, el Señor no merecía el nardo que María derramó. Tal vez Judas consideró que el Señor valía sólo unas cuantas gotas de dicho unguento de gran precio. Para él, un denario representaba un buen pago por un día de trabajo. Por tanto, Judas dijo: “¿Por qué no fue este unguento vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?” (Jn. 12:5). De hecho, Judas no le habría dado el dinero a los pobres, puesto que lo habría tomado para él. Incluso los discípulos se indignaron diciendo que el unguento podía haberse vendido y haberse dado a los pobres (Mt. 26:8-9). Ellos se interesaban por

la necesidad humana, pensando que otros eran más importantes que el Señor. Esto es pensar que el trabajo es más importante que el Señor; es considerar que lo que podemos hacer con el dinero es más importante que derramar lo que es de gran valor sobre el Señor.

El valor siempre está relacionado con el precio. Si supiéramos que alguien adquirió un libro por cien mil dólares, probablemente consideraríamos que el libro era muy valioso, que era de gran valor. Ésa era la visión del Señor con respecto a la iglesia. Mateo 13:45-46 dice: “El reino de los cielos es semejante a un comerciante que busca perlas finas, y habiendo hallado una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró”. El comerciante aquí es Cristo, quien fue el primero en vender todo. Él fue a la cruz y derramó Su vida para comprar la iglesia, la perla de gran valor (Hch. 20:28; Ap. 5:9). El Señor no trató de negociar con el precio, ni regateó para tratar de obtener un menor precio, considerando si nosotros valíamos tal precio.

Algunas personas dan más valor al frasco que al ungüento; ellas tienen más aprecio por su hombre exterior que al Dios Triuno forjado en su hombre interior. Debido a que ellas valoran más lo que son que lo que el Señor es, el amor de ellas se mantiene en la etapa elemental. Desean la salvación más que al Salvador; desean más la redención que al Redentor. Estiman y aman cosas tales como la vida, el gozo y la paz, pidiéndolas en oración, pero descuidan a Cristo, la persona, quien es el Dador de vida, el Deseado de las naciones y el Príncipe de paz (1 Co. 15:45; Hag. 2:7; Is. 9:6).

Nuestra escala de valores es un indicador de lo que verdaderamente amamos. Debemos considerar cuánto amamos verdaderamente al Señor. Mi corazón se compunge cuando oigo hablar de padres que son salvos y están en la vida de iglesia, y con todo, tratan de impedir que sus hijos asistan al Entrenamiento de Tiempo Completo o lo concluyan. Aquellos padres que no permiten que sus hijos sigan al Señor y se sacrifiquen a sí mismos por Él, tienen un problema fundamental con respecto al amor que sienten por el Señor. Tales padres buscan algo más que al Señor; desean recibir algo de sus hijos, esperando una retribución personal por su “inversión”. Esto es una vergüenza para nosotros. Aquí hemos dado mensajes y conferencias sobre la preeminencia de Cristo. Y podemos decir que Él es primero, pero necesitamos considerar lo que verdaderamente valoramos y consideramos como nuestro tesoro. Probablemente no hay mayor honor para los que son padres en el recobro del Señor que el hecho de que sus hijos los superen

en la vida cristiana, dando todo lo que tienen a fin de seguir al Señor adondequiera que Él los dirija.

Es necesario que el Señor examine nuestro ser y se revele a Sí mismo a nosotros para que lo valoremos más que a nuestra propia vida. Hay personas que se obsesionan tanto por su salud y su bienestar personal que no arriesgarían la vida de su alma. Pablo dice: “Salud a Prisca y a Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, que arriesgaron su vida por mí; a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles” (Ro. 16:3-4). Necesitamos amar al Señor, tenerle como nuestro tesoro y atribuirle el valor más alto. Pero no podemos hacer esto por un acto de nuestra voluntad. No debemos tratar de fingir o de producir esto por nuestro propio esfuerzo. Sin embargo, a medida que se desarrolla nuestro amor por el Señor, llegaremos al punto en el que despreciamos la vida de nuestra alma hasta la muerte (Ap. 12:11). Debemos ver que Cristo es una persona de una preciosidad suprema y del más alto valor. Nosotros sólo podemos darle lo que tenemos, y el Señor está satisfecho con ello. Mientras más pronto respondamos al Señor y consagremos nuestras vidas a Él, tanto más seremos capaces de rendirnos a Él y derramarnos sobre Él. Por tanto, es un gran privilegio recibir la ayuda adecuada para disfrutar al Señor y amarlo cuando aún somos jóvenes.

**María recibió la revelación de la muerte del Señor  
con lo que Él dijo, por lo cual aprovechó la oportunidad  
para derramar sobre el Señor lo mejor que tenía;  
amar al Señor con lo mejor de nosotros requiere  
que recibamos una revelación con respecto a Él**

María recibió la revelación de la muerte del Señor con lo que Él dijo, por lo cual aprovechó la oportunidad para derramar sobre el Señor lo mejor que tenía; amar al Señor con lo mejor de nosotros requiere que recibamos una revelación con respecto a Él (Mt. 26:2, 12; 16:21; 17:22-23; 20:18-19). Lo mejor que María tenía era el ungüento de nardo puro de gran precio. El nardo era costoso porque era excepcional y debía ser importado desde tierras muy lejanas a Israel; era un ungüento extraído de las raíces de una planta que crece en ciertas montañas.

Cantar de los cantares 4:12-16 dice:

Jardín cerrado eres, hermana mía, esposa mía; / fuente cerrada, sellado manantial, / vergel de renuevos de granado / de frutos suaves, / de flores de alheña y de nardos, / nardo y

azafrán, / caña aromática y canela, / árboles de incienso / y de mirra, áloes / y las más aromáticas especias. / Manantial de los jardines, / pozo de aguas vivas / que descienden del Líbano. / ¡Levántate, Aquilón, y ven, Austro! / ¡Soplad, y mi jardín desprenda sus aromas! / ¡Venga mi amado a su jardín / y coma de sus dulces frutos!

En estos versículos hay un giro maravilloso. Aquí la buscadora llega a ser un jardín en donde crecen plantas y árboles hermosos para su Amado, incluyendo el nardo. Antes de esto, ella no había producido nada para el Señor; todo era para ella. Ella tenía aprecio por Él y lo disfrutaba en la casa de banquetes, en las habitaciones del rey y en el reclinatorio (2:4; 1:4, 12). Incluso ella había sido constituido de Él de tal modo que llegó a ser una columna para Él (3:6). Sin embargo, no fue sino hasta que llegó a la etapa de convertirse en un jardín que ella produjo algo para su Amado.

No debemos ser siempre egoístas en las cosas espirituales. Debemos ser capaces de orar: “Señor, Tú te has forjado en mí. Ahora, en el jardín de mi corazón cultivaré algo de Ti para Tu satisfacción y deleite”. Algunas cosas son para el Señor solamente, tales como el holocausto, las partes internas de las demás ofrendas y el incienso fragante (Éx. 29:13, 18; 30:37-38). Éxodo 30:37-38 dice: “Como este incienso que harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para Jehová. Cualquiera que haga otro como éste para olerlo, será eliminado de su pueblo”. Algunos de nosotros nos conducimos en nuestra vida espiritual como si todo fuera para nosotros, para nuestro propio disfrute. Sin embargo, ciertas cosas, como el incienso, no son para nosotros, sino para la satisfacción de Dios.

El nardo es solamente para la satisfacción de Dios. Después que el Señor se ha forjado en nuestro ser para hacernos un lecho, una columna y una carroza (Cnt. 1:16; 3:6, 9-10), debe haber un giro. Debemos orar: “Señor, deseo derramar el nardo sobre Ti, pero no tengo nada. No obstante, Tú me has mostrado que soy un jardín. Haré crecer las granadas, la alheña, el nardo, el azafrán, el cálamo, la canela, los árboles de incienso, mirra y áloes. Entonces te invitaré a mi jardín para que disfrutes de lo que haya producido”. De esta manera haremos que crezca Cristo, y entonces, la esencia de lo que hemos experimentado se habrá constituido como el nardo que podemos derramar sobre el Señor. Esto corresponde a unas líneas de la estrofa 3 de *Himnos*, #278 que dicen: “Que mi corazón siga brotando fino aceite de mi amor por Ti”.

En nuestra experiencia interior de Cristo hay tres niveles principales. En primer lugar, experimentamos a Cristo para nuestra suministración. Muchas de estas experiencias deben permanecer escondidas como las raíces de un árbol y como el maná escondido. Debemos experimentar a Cristo a fin de preservar nuestro ser, para nuestro propio crecimiento. En segundo lugar, debemos experimentar a Cristo por el bien de las iglesias, de los santos y de aquellos a quienes anunciamos el evangelio. Pablo dijo: “La mayordomía de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros” (Ef. 3:2). Tercero, hay un nivel más profundo, incluso desconocido para nosotros, en donde amamos al Señor, le experimentamos, le disfrutamos y somos constituidos de Él, para producir el nardo que es para Él. Puede ser que ni siquiera estemos conscientes de lo que se ha acumulado en las partes profundas y escondidas de nuestro ser, ya que no es para nuestro disfrute, ni tampoco para ministrarlo a otras personas, sino que es solamente para el Señor. No obstante, a veces descubrimos que cuando nos hallamos amando al Señor y derramándonos sobre Él, algo fluya de nosotros con una fragancia que es solamente para el Señor, algo de lo cual no estábamos conscientes antes. Aun los santos jóvenes pueden empezar a experimentar esto.

Para obtener dicho nardo se requiere que paguemos el más alto precio, experimentemos la disciplina más severa y la prueba más larga y, además, se requiere que a diario busquemos más del Señor y vayamos en pos de Él. Dicho nardo es producido por los que aman al Señor y le siguen, quienes procuran obtenerlo a Él no sólo para fines de su propio crecimiento, desarrollo, transformación y maduración, ni tampoco para poder profetizar, ministrar, pastorear y derramarse por los santos, sino para poder derramarse sobre el Señor. En cuanto a seguir al Señor, la meta más alta y suprema es que nuestro maravilloso y amado Señor sea ungido en esta era, antes de que lo veamos cara a cara. Debemos procurar obtener tiempos a solas con Él en los cuales podemos quebrar nuestro frasco de alabastro y derramar lo que sea que tengamos sobre Él. En Marcos 14:8 el Señor dijo de María: “Ésta ha hecho lo que ha podido”. También puede traducirse literalmente como: “Ella dio lo que tenía”.

#### **El Señor desea que le permitamos tener el primer lugar en todo**

El Señor desea que le permitamos tener el primer lugar en todo (v. 7). El Señor Jesús debe ocupar el primer lugar, debe tener la preeminencia, en nuestro amor, en nuestro ser tripartito, en nuestra vida



cristiana y en la vida de iglesia, y en todo lo que está en nuestro universo personal (12:30; 14:7; Col. 1:18; 3:4, 11, 17). Darle al Señor el primer lugar en todo es amarlo con nuestro primer amor, con el mejor amor. Si queremos que Él tenga la preeminencia, debemos estar dispuestos a ser corregidos, quebrantados y reducidos a nada, a fin de que el Señor pueda tener un camino libre en nosotros, por medio de nosotros y entre nosotros por el bien de la edificación de Su Cuerpo (Ap. 2:4; Gá. 6:3; Ef. 4:16).

**Debemos amar al Señor Jesús y aprovechar la oportunidad de expresarle nuestro amor; amar al Señor es apreciarlo, volver nuestro ser a Él, abrirnos a Él, disfrutarlo, cederle el primer lugar, ser uno con Él, vivirlo a Él y llegar a ser Él**

Debemos amar al Señor Jesús y aprovechar la oportunidad de expresarle nuestro amor; amar al Señor es apreciarlo, volver nuestro ser a Él, abrirnos a Él, disfrutarlo, cederle el primer lugar, ser uno con Él, vivirlo a Él y llegar a ser Él (Mt. 26:11; 2 Co. 3:16; Mr. 12:30; Col. 1:18; 1 Co. 6:17; Fil. 1:20-21a; Cnt. 6:13).

**María hizo “lo que ha podido”; esto significa que ella renunció a todo, derrochó todo sobre el Señor, y no reservó nada para sí misma**

María hizo “lo que ha podido”; esto significa que ella renunció a todo, derrochó todo sobre el Señor, y no reservó nada para sí misma (Mr. 14:8a). Tanto el Señor como los santos de más discernimiento saben cuándo las personas se conducen con cierta reserva, haciéndolo todo de una manera naturalmente pausada, moderada y refrenada. No le debemos retener nada al Señor. María no se reservó nada para sí misma.

**María se anticipó a ungir el cuerpo del Señor para la sepultura**

María se anticipó a ungir el cuerpo del Señor para la sepultura (v. 8b). La palabra *anticiparse* introduce el factor de tiempo que debe hacernos reflexionar si hoy, al expresarle nuestro amor al Señor, estamos derramando sobre Él lo mejor que tenemos. Cuando veamos al Señor cara a cara, lo amaremos como nunca antes y derramaremos todo lo nuestro a causa de Él; sin embargo, más bienaventurados serán

aquellos que en esta era derramen su todo sobre el Señor (Mt. 26:7; Mr. 14:3; Jn. 12:3).

**Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María le hizo al Señor era un “desperdicio”, pero el Señor desea que el evangelio haga que los creyentes se acerquen a Él y “se desperdicien” sobre Él**

Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María le hizo al Señor era un “desperdicio”, pero el Señor desea que el evangelio haga que los creyentes se acerquen a Él y “se desperdicien” sobre Él (Mr. 14:4; Mt. 26:8 y la nota 1). “Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María hizo al Señor era un desperdicio. Durante los veinte siglos pasados, miles de vidas preciosas, tesoros del corazón, puestos altos y futuros brillantes han sido ‘desperdiciados’ en el Señor Jesús. Aquellos que lo aman así, lo encuentran digno de ser amado de esta manera y digno de su ofrenda. Lo que han derramado sobre Él no es un desperdicio, sino un testimonio fragante de Su dulzura” (nota 1). Si somos esta clase de personas, por lo menos los que reciban nuestra predicación del evangelio llegarán a ser de esta manera.

El grado en el que nos ofrecemos al Señor depende de cuán digno es el Señor para nosotros. Para María el Señor era digno de su más valiosa posesión. Si vemos el verdadero valor del Señor, nada que se le ofrezca a Él se podrá considerar excesivo o un desperdicio. Sin embargo, los pragmáticos tienen un punto de vista diferente. Consideran que invertir dos años en el Entrenamiento de Tiempo Completo es un desperdicio, porque le dan más valor a la educación o a una carrera profesional que al Señor mismo. De hecho, es imposible dar demasiado al Señor.

**“Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella”**

“Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella” (v. 13). “Este evangelio” se refiere al evangelio de la muerte, sepultura y resurrección del Señor (Mr. 14:9; 1 Co. 15:1-4). La historia del evangelio es que el Señor nos amó, y la historia de María es que ella amó al Señor (Mt. 26:13; Gá. 2:20; Mr. 12:30). Debemos predicar estas dos cosas: que el Señor nos ama y que nosotros amamos al Señor; la primera tiene como fin nuestra salvación, y la otra, nuestra consagración (Jn. 3:16;

2 Co. 5:14-15). El evangelio nos habla de cómo el Señor nos amó, pero la historia de amor de María despierta nuestro amor por el Señor; por lo tanto, se necesita un amor mutuo, y esto debe acompañar la predicación del evangelio (Mt. 26:13).

La historia de María en su esencia debe acompañar la predicación del evangelio. En última instancia, la salvación no es para nosotros, sino para el Señor. El evangelio en nuestras vidas y en las de aquellos a quienes les predicamos debe dar por resultado que tanto ellos como nosotros lleguemos a ser los que aman a Cristo. Cuando los creyentes terminen su recorrido y vayan a la presencia del Señor, no habrá nada más grande que ellos puedan decir de sí mismos que, por encima de todo, fueron los que amaron al Señor Jesús. Al morir, éstos son sembrados en la tierra como semillas (1 Co. 15:42-44). Debemos aspirar a ser personas que, al igual que María, no se guardan nada, ni se reservan nada para sí mismas. Los testimonios de tales personas dejan una huella en nosotros que nunca podemos olvidar. Sus testimonios nos obligan a tomar en cuenta el hecho de que algunos no son creyentes típicos ni ordinarios. Ellos no están conscientes de ello, y mucho menos lo proclaman, pero al pasar tiempo con ellos, percibimos que hay algo en ellos radicalmente diferente; hay un enfoque intenso en su ser. Aunque quizás realicen diferentes clases de trabajo y tengan varias responsabilidades, su centro y enfoque es una persona, el Amado, y todo es para Él.

Como uno que sirve a los santos en el ministerio, yo deseo que todos descubramos verdaderamente lo que significa amar al Señor Jesús; deseo que nuestro amor progrese continuamente en su desarrollo junto con nuestra fe, que nos dirijamos hacia ello, y que todos seamos como María. En cuanto a nuestro hombre interior, delante del Señor necesitamos ser las Marías, en el sentido de que no solamente nos sentamos a Sus pies, sino que también quebramos nuestro frasco de alabastro y lo derramamos todo sobre el Señor antes que Él venga.

Oración: Oh Señor, logra esto. Que haya muchas Marías en todas las iglesias en Tu recobro. Las palabras humanas no pueden lograr esto, pero Tú eres capaz de revelarte a Ti mismo de tal manera que todos nos dirijamos y lleguemos a la meta del evangelio. La sexta pancarta de este entrenamiento dice: “La meta del evangelio es que, al amar al Señor Jesús con nuestro primer amor, debemos derramar sobre Él lo que consideramos más precioso, incluso nuestro tesoro espiritual más costoso y valioso, y nos “desperdicemos” sobre Él”.—R. K.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

### El evangelio genuino, intrínseco, más elevado y completo de la economía de Dios (Mensaje 12)

Lectura bíblica: 2 S. 7:12-14a; Ef. 3:16-19; Ro. 1:1-4; 8:6, 10-11, 28-29; 12:5; 16:20

- I. El evangelio genuino, intrínseco, más elevado y completo es el evangelio de la economía de Dios: el evangelio de la filiación para la edificación de la iglesia como el Cuerpo de Cristo mediante la edificación de Dios en el hombre y del hombre en Dios—1 Ti. 1:3-4; Ef. 3:8-11, 16-19; Ro. 1:3-4; 8:29; 12:5; 2 S. 7:12-14a:
  - A. Debemos creer que el hombre posee en su interior una capacidad creada por Dios para recibir y entender Su evangelio—Job 32:8; Zac. 12:1; Ec. 3:11:
    1. No debemos predicar un evangelio que haya sido rebajado al nivel de lo que nosotros creemos que la gente puede entender; más bien, debemos predicar un evangelio elevado y nunca rebajar este concepto—1 Ts. 1:1, 3-4, 10; 5:23; 1 Co. 2:7-13.
    2. El hombre fue creado para Dios, y dentro del hombre está la capacidad de entender las cosas de Dios y está el sentir hambre por estas cosas—Hch. 17:26-31; Is. 43:7.
  - B. Debemos presentar la verdad en cuanto a la economía de Dios punto por punto según toda la Biblia; ésta es la comisión especial que el Señor nos ha dado—1 Co. 1:9; 9:16-17, 23; 1 Ti. 1:3-4; 2:7; 4:16; 2 Ti. 1:11; 2:2, 15; Col. 1:28.
- II. El evangelio de la economía eterna de Dios es “el evangelio de la promesa hecha a los patriarcas” (Hch. 13:32): la promesa de que la simiente de David llegaría a ser el Hijo de Dios, es decir, que una simiente humana llegaría a ser un Hijo divino (vs. 22-23, 33-34; 26:6, 16-19; 2 S. 7:12-14a; Ro. 1:3-4; Mt. 22:41-45).